

REDES DE INFORMACIÓN Y POLÍTICA DE COMUNICACIÓN DE LOS DESASTRES EN LA MONARQUÍA HISPÁNICA

ARTICLE

Domenico Cecere*

Este trabajo aborda la información y la comunicación en momentos de crisis desencadenadas por desastres de origen natural, en las sociedades del antiguo régimen, considerándolas como parte de las estrategias de gestión de estas crisis. Las formas de transmisión de las noticias, así como sus contenidos, en tales circunstancias no conciernen exclusivamente al campo de la comunicación, sino también al de la política, en su sentido más amplio: en tiempos de calamidad, tanto en el presente como en la edad moderna, la recopilación y la manipulación de noticias resultan actividades fundamentales para permitir que los distintos actores sociales e institucionales implicados en la crisis orienten su propia acción y preparen respuestas, tanto a corto como a largo plazo. En tales ocasiones, el control de la información revela plenamente su carácter político.

Cada investigación sobre este asunto tiene que partir de la consideración de que, en las sociedades del antiguo régimen, como ahora, las catástrofes podrían abrir un espacio de intervención sin precedentes, una posibilidad de transformar los equilibrios políticos y sociales, de aquí que los actores políticos estuvieran interesados en intervenir en situaciones poscatástrofe. Entre todos ellos cabe citar, en primer lugar, al «príncipe» –según el léxico de los arbitristas y filósofos políticos de la edad moderna. Así, un influyente escritor político de finales del siglo xvi, Giovanni Botero, en un párrafo de su obra *De la Razón de Estado* reflexionaba sobre el papel que el soberano puede desempeñar sobre sus súbditos en caso de «calamidades generales». Según Botero, la liberalidad del príncipe es de mayor eficacia cuando los «desastres generales» afligen al pueblo, y estos «son la mejor ocasión para que los príncipes puedan ganar el ánimo de los suyos, porque entonces es menester derramar la simiente de la benevolencia, y *engerir el amor en el coraçon de los vassallos, el qual después florecera, y frutara ciento por uno*» (Botero, 1593, p. 29).

Sin embargo, en las sociedades de la primera edad moderna, el príncipe no era el único titular de la soberanía, pues otras fuerzas sociales y otras instituciones (seculares y religiosas) ejercían funciones que hoy llamaríamos públicas, a la vez que compartían partes de soberanía con el mismo príncipe, a menudo en competición con él y también entre sí. De este modo, las distintas instituciones y los distintos grupos sociales estaban interesados en intervenir e implicarse en

* investigador y profesor de Historia Moderna, Universidad de Nápoles Federico II¹

¹Este trabajo se enmarca en el proyecto DisComPoSE - *Disasters, Communication and Politics in Southwestern Europe*, financiado por el ERC (European Union's Horizon 2020 research and innovation programme, grant agreement N. 759829).

situaciones poscatástrofe, para «ganar el ánimo» de las poblaciones afectadas; es decir, cuando la inseguridad, el desconcierto y el miedo sacuden los equilibrios políticos, a los diferentes actores institucionales y sociales se les ofrecía la posibilidad de modificar estos equilibrios en su propio beneficio, adquiriendo créditos y méritos, posiblemente en detrimento de los grupos y de las instituciones antagonistas.

F. Lavocat (2012) y, a partir de su trabajo, otros estudiosos (De Caprio, 2018; Schiano, 2021) han demostrado con agudeza que existe una relación entre la creciente implicación de las diferentes autoridades en la gestión de las emergencias a partir del siglo xvi, por un lado, y las formas en que se narra e interpreta la catástrofe, por otro. De esta manera, la creciente rivalidad de las diferentes fuerzas sociales para mostrar su interés por la salvación común del pueblo tuvo un impacto en las maneras de narrar las catástrofes. De hecho, durante una crisis, recoger, tratar y difundir noticias resultan acciones esenciales, pues ciertas reconstrucciones de los acontecimientos pueden legitimar determinadas decisiones en la gestión de la emergencia, o pueden proporcionar argumentos para atacar a las autoridades del gobierno, a las instituciones rivales, etc. Por ello, a menudo, las rivalidades entre los diferentes grupos sociales se ponían en juego, en primer lugar, en el terreno de la información y de la comunicación.

Sin embargo, antes de volver a esta cuestión, resulta necesario examinar brevemente algunos aspectos de las descripciones más usuales de las catástrofes ocurridas en la edad moderna. En muchas de las fuentes a disposición de los historiadores, los sucesos calamitosos suelen enmarcarse como actos de venganza de un Dios airado, dispuesto a desatar vientos y mareas, lluvias e incendios subterráneos para castigar a una humanidad corrupta. Casi todos los discursos sobre las catástrofes de origen natural seguían este esquema explicativo, basado en la creencia de que estos acontecimientos se producían esencialmente por razones morales.

Por supuesto, cabe decir que, si se leen algunas de estas fuentes rápidamente, sin compararlas entre sí, se corre el riesgo de quedar atrapados en las imágenes tan sugerentes que los autores nos transmiten sobre las reacciones de la población. En estos textos e imágenes, los autores no únicamente tienden a interpretar el supuesto mensaje divino que hay detrás del castigo, sino también a enfatizar la respuesta emocional de las poblaciones afectadas. De este modo, las víctimas y los supervivientes suelen representarse dominados por la angustia, por la superstición, por miedos irracionales, que se calmarán solamente con oraciones, procesiones y otros ritos colectivos de arrepentimiento. La impresión a la que se llega es que el efecto más frecuente de un suceso natural extraordinario y funesto fue la disolución del orden en el caos, la desintegración de las relaciones sociales y la aparición de creencias y comportamientos «primitivos». En consecuencia, entre los historiadores se ha consolidado la idea de que en la Europa de los siglos xvi, xvii y principios del xviii, ante las manifestaciones extremas de la naturaleza, la mayoría de las personas adoptaban una actitud desordenada y supersticiosa. Según esta interpretación, no fue hasta mediados del siglo xviii cuando las élites cultas de Europa aprendieron a interpretar los fenómenos naturales con las herramientas de la razón y de la ciencia, y a elaborar modelos de respuesta basados en observaciones empíricas.

Esta visión de las sociedades del antiguo régimen resulta insatisfactoria, a la vez que «infantiliza» a las mujeres y a los hombres de ese periodo. Sin embargo, en los últimos años, varios estudios han demostrado que, dentro del paradigma omnipresente que atribuía los fenómenos naturales a la voluntad divina, eran posibles interpretaciones divergentes, incluso conflictivas. Y que, del mismo modo, las lecturas religiosas coexistían muy a menudo con las explicaciones basadas en observaciones empíricas. Así, en lugar de postular una transición de un paradigma a otro en la segunda mitad del siglo xviii, estos estudios han demostrado que las sociedades del antiguo régimen podían recurrir a diferentes esquemas explicativos y, por lo tanto, a diferentes tipos de recursos culturales para responder a una crisis y posteriormente restablecerse (Walter, 2008; Schenk 2010).

En consecuencia, resulta posible aplicar a la época moderna una consideración que los sociólogos y los psicólogos realizan respecto a las sociedades contemporáneas, cuestionando la creencia de que el pánico colectivo es la principal reacción ante las catástrofes. Esta creencia está arraigada en una idea tradicional de la psicología de las multitudes, que supone que cuando los individuos se reúnen en masa las emociones anulan el razonamiento y los comportamientos se vuelven fundamentalmente egoístas y desorganizados. En el presente sabemos que estas opiniones están basadas en impresiones y prejuicios, y que las manifestaciones de pánico masivo son de corta duración y en la mayoría de los casos, después de la desorientación inicial, las interacciones sociales se restablecen con bastante rapidez y se implanta alguna forma de coordinación.

Sin embargo, el orden no siempre se restablece en el modo anterior: la emergencia introduce una discontinuidad, al menos temporal. Y es esta discontinuidad la que contribuye a confirmar el prejuicio de desorden y caos en muchos observadores. De la misma manera, cabe decir que en las situaciones de emergencia se forman redes informales de comunicación diferentes de las preexistentes, y análogamente los procesos de toma de decisiones funcionan de forma diferente a como lo hacen en las situaciones ordinarias (Vollmer, 2013). Las decisiones se toman con mayor rapidez, sobre la base de información recopilada rápidamente, a menudo incompleta o fragmentaria; algunos canales de comunicación se interrumpen y nuevos canales surgen, a la vez que se activan nuevos nodos. De esta manera, se evidencia que para comprender plenamente las lógicas de las sociedades del pasado que se enfrentaron a las crisis causadas por calamidades, cómo gestionaron la emergencia y cómo iniciaron la reconstrucción, resulta fundamental volver a analizar los procesos institucionales y socioculturales de recolección, elaboración y divulgación de las informaciones.

En la historia de diferentes territorios europeos y americanos englobados en la monarquía hispánica pueden destacarse muchos sucesos en que estos fenómenos se manifiestan claramente (Alberola Romá, 2012; Petit-Breuilh Sepúlveda, 2017; Alberola Romá y Campos Goenaga, 2020). A través de ellos es posible analizar los modos en que se describieron los sucesos anteriormente mencionados, relacionándolos con la creciente implicación de las autoridades en la gestión de las emergencias, así como con el aumento de la rivalidad de las distintas fuerzas sociales e institucionales en mostrar su preocupación por la seguridad

colectiva. Por ejemplo, la erupción del Vesubio en 1631 impulsó la producción y la difusión de una enorme cantidad de textos e imágenes: cartas reservadas, relaciones impresas, tratados, sermones, poemas, grabados, pinturas etc. Una parte relevante de esta producción cultural debía infundir asombro y contrición en los lectores, mediante imágenes vívidas y un lenguaje expresivo. Sin embargo, estas narraciones de la catástrofe terminaban, a menudo, con imágenes tranquilizadoras destinadas a celebrar la armonía del cuerpo social y las eficaces acciones emprendidas por las autoridades, bajo la benévola mirada de la Virgen y de los santos patronos. Cruzando el análisis iconográfico con las fuentes literarias contemporáneas, se ha destacado que muchas de estas representaciones visuales de la erupción estaban orientadas a la exaltación de la figura del virrey Monterrey como el héroe mortal del desastre, subrayando su sólida fe católica y su celo a favor de las víctimas y los refugiados (Viceconte, de próxima publicación).

Lo que los informes y las narrativas patrocinadas por las autoridades seculares y religiosas destacan, esencialmente, es la capacidad de las instituciones para ocuparse de la población desorientada, así como el consentimiento y el temor ganados. Los virreyes, los oficiales, los religiosos podían asegurar al soberano que, gracias a sus acciones y gracias también a su atención a las necesidades espirituales de la población, se había neutralizado eficazmente el riesgo de subversión del orden, un riesgo que toda catástrofe conlleva, favoreciendo así que la sociedad afectada volviera poco a poco a la normalidad.

Referencias

ALBEROLA ROMÁ A. (2012): «Terremotos, memoria y miedo en la Valencia de la edad moderna», *Estudis: Revista d'història moderna*, 38: 55-75.

ALBEROLA ROMÁ A. Y CAMPOS GOENAGA I. (2020): «Amenazas naturales, desastres agrícolas y remedios espirituales en la Península ibérica y Nueva España durante la Edad Moderna. Notas para un análisis», en Alabrús R.M. et al. (eds.), *Pasados y Presente. Estudios para el profesor Ricardo García Cárcel*, Barcelona: 907-920.

BOTERO G. (1593): *Diez libros de la razón de estado (...). Traduzido de italiano en castellano, por mandado del rey nuestro señor, por Antonio de Herrera su criado*, Madrid.

DE CAPRIO C. (2018): «Narrating Disasters: Writers and Texts Between Historical Experience and Narrative Discourse», en Cecere D. et al. (eds.), *Disaster Narratives in Early Modern Naples. Politics, Communication and Culture*, Rome: 19-40.

LAVOCAT F. (2012): «Narratives of Catastrophe in the Early Modern Period: Awareness of Historicity and Emergence of Interpretative Viewpoints», *Poetics Today*, 33/3-4: 253-299.

PETIT-BREUILH SEPÚLVEDA M.E. (2017): «Religiosidad y rituales hispanos en América ante los desastres (siglos xvi-xvii): las procesiones», *Revista de Historia Moderna*, 35: 83-115.

SCHENK G.J. (2010): «Dis-astri. Modelli interpretativi delle calamità naturali dal Medioevo al Rinascimento», en Matheus M. et al. (eds.), *Le calamità ambientali nel tardo Medioevo europeo. Realtà, percezioni, reazioni*, Firenze: 23-75.

SCHIANO G. (2021): *Relatar la catástrofe en el Siglo de Oro. Entre noticia y narración*, Frankfurt am Main.

VICECONTE M. (de próxima publicación): «A Secular Hero of the Disaster. The Viceroy Monterrey in Literary and Figurative Sources on the Eruption of Vesuvius in 1631».

VOLLMER H. (2013): *The Sociology of Disruption, Disaster and Social Change*, Cambridge.
Walter F. (2008): *Catastrophes. Une histoire culturelle*, París.